



Profesor Dr. José Gómez Brizuela
(25 de Marzo de 1894—21 de Marzo de 1928) en Strasburgo



Homenaje póstumo al Profesor Gómez Brizuela

Un estremecimiento de dolor conmueve los corazones; el soplo helado de la muerte cruzó como una ráfaga maldita, arrasando una de las esperanzas más promisoras, uno de los talentos más esclarecidos, la columna de marfil y oro que sostenía el prestigio y la prosperidad de la escuela de Medicina, arrebatando de nuestro seno para sumirlo en el infinito misterio de lo desconocido, al Profesor Dr. José Gómez Brizuela.

Negros crespones cubren la portada de nuestra Facultad; en el silencio solemne de las aulas, santuario de la ciencia y del saber, sopla un hálito de tragedia con su cortejo de lágrimas y tristezas; hay un eco de llantos y plegarias, y en medio, surge la voz del dolor que ha brotado de los corazones de quienes conocieron y apreciaron todo cuanto atesoraba aquel ilustrado maestro desaparecido.

Gimen las campanas en sonos fúnebres que penetran hasta las almas y agitan las fibras más íntimas del corazón; un grito de angustia brota de los pechos repercutiendo por doquier: el Maestro sabio, el Hombre bueno ha muerto!

Consejero de la Facultad de Ciencias Médicas, el Dr. Gómez Brizuela desempeñaba con singular brillantez tan elevado cargo; sus gestiones para el progresivo desenvolvimiento de la escuela, ha dado ya algunos promisoros frutos; trabajó incansablemente por su mejoramiento, orientándola hacia un plano superior de perfeccionamiento; no escatimaba energías y talento para alcanzar su objetivo, ni descansó en los éxitos logrados, ni desmayó tampoco ante los obstáculos del camino.

En el claustro de Profesores constituía una figura de sin-





que su breve tránsito por nuestra casa fuera solamente un ensueño que de tanto ser amado fingió un momento encarnarse. Y de nuestro ser en cuanto tiene de más puro y más hondo, se levanta como una lengua de fuego o como un grito que quiere ser una plegaria, esta palabra de consagración que no dijimos nunca:

¡MAESTRO!

Abril de 1928.

El poeta

Este admirable espíritu se polifurcaba en las más diversas manifestaciones. La severidad de la disciplina científica no amenguó en un ápice su helenismo ingénito, que hizo arder su alma en amor de belleza. Gómez Brizuela, escritor, habría aplomado su personalidad en tanta altura como la que alcanzó el médico. Un singular escrúpulo le substrajo a la vida literaria; pero su inquietud intelectual, que abarcaba toda la extensión de los horizontes visibles, le llevó al cultivo silencioso (quizás por tal más amoroso) de las letras. Conocía y juzgaba con intuición de artista y erudición de crítico. Hacía algo más grande: producir. Los retallos de la flor de Grecia inmarcesible en su espíritu, como él fecunda y luminosa, echaban a volar jazmines y mariposas.

Gómez Brizuela ha dejado una colección inédita de poesías. Las dedicó, en sus veinte años triunfales, a la que más tarde fué su esposa. La delicadeza exquisita que invariablemente abonó su prestancia de gentilhombre, le indujo a retener, como en vaso lleno de aromas sagrados, las estrofas que dictó la pasión y niveló el cuidado. La rumorosa abeja ateniense destilaba su miel sólo para la bienamada del poeta...

La llegada

Recibido la noticia que el "Guaraní" llegaría a las 4 de la tarde del 30 de Abril último, se resolvió que las comisiones desig-





nadas para recibir los restos, irían a encontrarlos en el puerto argentino de Pilcomayo.

A la 1, en una lancha de la Prefectura General de Puertos, se embarcaron:

Don Federico Gómez, Senador doctor Benigno Escobar, Diputado don Eduardo Peña, director de "El Liberal", el señor Mariano Molas, Presidente del Centro Estudiantes de Medicina y los delegados señores Cubas, Ortíz, Cotas Thompson, Coscia y Ruiz; señores Bosch, Dixhrn y los representantes de LA NACION, doctores Livieres, Bedoya e Irala.

Poco después del arribo de la lancha a Pilcomayo, llegó a ese punto el "Guaraní".

El ataúd venía en el "hall" del barco. Lo rodeaban los miembros de la familia. El doctor Armindo Riquelme, joven médico paraguayo que sigue un curso de perfeccionamiento en Europa, y que acompañó al doctor Gómez Brizuela en los días finales, vino con los restos desde Estraburgo.

Sobre el cajón se destacaba una magnífica corona, homenajes del distinguido compatriota don Carlos Sosa, que reside en París.

A las 5 de la tarde, el Guaraní llegó al puerto. Una gran multitud rebosaba en los muelles. Atracada la nave, pasaron a bordo numerosas personas a presentar sus pésames a los deudos del extinto. Notamos la presencia de los Ministros de Instrucción Pública y de Hacienda, doctores Carlos L. Isasi y Rodolfo González, del E. E. y Ministro Plenipotenciario del Brasil doctor Gouvea, numerosos profesores de la Universidad Nacional y distinguidas personalidades, intelectuales políticas y sociales.

Cuando la caja mortuaria descendió, sostenida por un grupo de estudiantes, un profundo y conmovido silencio se difundió por la multitud. Todas las cabezas se descubrieron.

El féretro fué colocado en la carroza fúnebre que debía conducirlo al local de la Facultad de Medicina. El público siguió a pié.

En la Facultad, se había preparado una capilla ardiente. El cuerpo de profesores de la Facultad presidido por el Decano,





doctor Laguardia recibió al cortejo e hizo guardia de honor a los restos, hasta su salida del local. El decano los despidió con el siguiente hermoso discurso, que el público escuchó con honda emoción:

Señores:

La Facultad de C. Médicas, por mi intermedio, cumple la muy triste y dolorosa misión de rendir el supremo y postrer homenaje a uno de sus miembros más predilectos, al que en vida fuera el Profesor doctor José Gómez Brziuela.

Esta misión, señores, es para mí, aún más dolorosa porque además del vínculo espiritual, que estrecha y solidariza a los compañeros de esta casa de estudios, me unían a él lazos de afectuosa cordialidad, nacida en la infancia, cultivada en la adolescencia, y hasta ayer mantenida en forma de una fuerte y cariñosa fraternidad de cerebro y corazón.

Fué el doctor Gómez Brizuela profesor de Patología Interna y Miembro del C. D. de nuestra Facultad. En la Cátedra, supo colocarse a su altura, honrándola con los prestigios de su fecunda y vivaz inteligencia y enaltecerla con los privilegios de su alma llena de bondad y nobleza.

Su don de gentes, la delicadeza de su trato la dicción amena y fluida, y su identificación con los anhelos y ansias de la juventud estudiosa, conquistaron del alumnado, amor y respeto.

En el seno del C. D. es donde su personalidad mejor se aprecia: hay en él derroche de optimismo, energía incansable y voluntad a prueba. No existen para él dificultades invencibles ni obstáculos infranqueables; todo esfuerzo hecho es poco, y su entusiasmo se trasmite, estimula, cautiva, y toda labor árdua,— y a veces ingrata—, no se interrumpe, continúa y finaliza.

Señaló reformas y orientaciones básicas en nuestra Facultad. La visión clara de los problemas fundamentales de la docencia médica y su juicio sereno, reposado e imparcial hicieron de él un consejero ecuánime y destacado, a quien la Facultad mucho le debe.



Rehusó con altivez y con orgullo los seductores halagos de una vida fácil que le brindara su envidiable posición económica, y abrazó con entrañable cariño la ciencia por la ciencia misma, como corresponde a intelectos fuertes y robustos.

Su alto ideal de progreso, se traduce en su instituto modelo de Radiología, para el diagnóstico y la terapéutica, que es del dominio público en cuanto a los incalculables beneficios por él aportados.

Su mayor aspiración fué ser útil a su patria y a su familia, y ofreció su vida en holocausto a estas nobles aspiraciones humanas, en una ejemplar dignificación de ciudadano, hijo y esposo.

Para su desconsolada esposa, distinguida dama uruguaya, que no desmintió las altas virtudes de su estoica estirpe, ejemplo palpitante de sublimidad en el dolor y el sacrificio, el homenaje devoto y reverente de la escuela médica paraguaya.

Para el venerable anciano, abatido y agobiado, con el corazón sangrante de indecible congoja, y el cerebro mordido por intensa amargura, a quien la muerte, ayer despojó de su amantísima compañera, y hoy arrebató a su idolatrado hijo, el testimonio respetuoso de nuestra sincera condolencia por la pena cruel de una pérdida común.

Profesor Gómez Brizuela: La Facultad de C. Médicas, con hondo pesar y profunda tristeza os da su adiós de eterna despedida, y os promete velar por vuestra memoria, como símbolo del sacerdocio médico, en su exaltación más adnegada.

Hacia la residencia de la familia

A las 6 y 30 p. m. el fúnebre y los tranvías que debían conducir a los acompañantes hasta la residencia de la familia, se detenían frente a la Facultad de Ciencias Médicas.

Profesores y estudiantes disputábanse un lugar para levantar el féretro que fué colocado en el fúnebre, siguiendo el convoy hasta el puerto, dando la vuelta por Presidente Franco, Wilson, Brasil y Avenida Colombia, hasta llegar a la residencia de la familia.


La llegada a la residencia

Una crecida y selecta concurrencia esperaba la llegada del convoy fúnebre en la Quinta Gómez.

Catedráticos y alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas y otras personas que formaban el cortejo, cargaron el pesado atúd transportándolo hasta la capilla ardiente, preparada con sencilla y sobria disposición en una de las salas de la residencia.

El Presidente de la República

A la llegada del convoy, esperaba frente a la quinta Gómez, rodeado de numerosas personalidades, el Presidente de la República doctor Eligio Ayala quien formó parte del cortejo fúnebre hasta ser depositados los restos en la capilla ardiente.

El doctor Ayala presentó después, personalmente sus condolencias al señor Gómez, padre del extinto y a la viuda señora María Esther Urioste, retirándose ya entrada la noche, de la casa mortuoria.

El desfile por la casa mortuoria

Desde antes de la llegada de los restos, llenaba la casa mortuoria una concurrencia numerosa y selecta.

Durante toda la noche siguió desfilando por la capilla ardiente un crecido número de personas. En el álbum de firmas, figuran las de los más destacados y altos representantes de nuestro mundo intelectual político, diplomático, social, del comercio y de la industria.

Misa del cuerpo presente

A las siete de la mañana de ayer, oficióse en la casa mortuoria y por concesión especial del Vicario General Monseñor doctor Hermenegildo Roa, una misa de cuerpo presente, que fué celebrada por el Rdo. Padre Dionisio Balbuena.





Postergación del sepelio

En vista de la incesante lluvia, caída desde el amanecer y que no cesó hasta después de las dos de la tarde, fué necesario postergar la inhumación de los restos, fijada para el día siguiente de la llegada, hasta el 2 de Mayo p.pdo., a la misma hora, cuatro de la tarde, en que se realizó el sepelio.

La segunda noche

Anoche, a pesar de lo desapasible del tiempo y de la falta de automóviles, numerosas personas volvieron a desfilar por la capilla ardiente.

El sepelio

Apesar de la lluvia que, siguió copiosa y con breves intermitencias durante todo el día, se resolvió llevar a cabo el sepelio a las cuatro de la tarde.

Desde las tres de la tarde, un crecido número de distinguidas personas llenaba la amplia casa solariega, a la espera de la hora fijada para acompañar al querido muerto hasta su última morada.

Minutos después de las cuatro llega el fúnebre y el convoy de tranvías hasta frente a la casa mortuoria. Poco después el féretro es trasportado hasta la carroza, mientras la concurrencia numerosísima llena los coches de tranvías y automóviles que forman en el cortejo. Las coronas de flores naturales cubren materialmente la carroza fúnebre.

Oficios religiosos

El convoy se detiene frente a la calle Chile, siendo trasportado el ataúd por la vereda del Cementerio hasta el templo, donde se celebraron solemnes oficios que estuvieron a cargo de los padres Velloso, Mena y Balbuena, actuando en el coro los Rdos. Padres del Seminario y del Colegio San José.




Los discursos

Terminadas las horas fúnebres en el templo, el ataúd es trasportado hasta el panteón de la familia.

En el momento del sepelio, el doctor Alejandro J. Dávalos, a nombre de la Facultad de Medicina pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Nuestras más optimistas esperanzas y nuestros más sinceros deseos tienen hoy este desenlace cruel e inesperado. Hace poco más de un año, veíamos partir al amigo con esa confianza serena de recuperar la salud que da la fé inquebrantable en los recursos de la ciencia a la cual servimos; y muy grande ha sido nuestro dolor y nuestra desesperación al saber que el mal había echado profundas y malignas raíces que iban aniquilando su organismo joven, robusto, hermoso.

Estaba el doctor Gómez Brizuela constituido con la solidez física, que se necesita en nuestra profesión, para enfrentarse con todas las adversidades del mundo exterior. Poseía una mentalidad disciplinada en los estudios universitarios y robustecida con el esfuerzo constante, ordenado e inteligente. Llevaba en su alma, aún abierta a todas las ilusiones de la vida, un tesoro de abnegación y desinterés que elevan y dignifican la personalidad del verdadero médico. Realzaba estas singulares cualidades una distinción sencilla, natural de una fina educación, que hacía atractiva su simpática figura de hombre.

Por estas dotes brillantes y su situación económica privilegiada el doctor Gómez Brizuela estaba indicado a descollar en el amplio porvenir de sus actividades.

Especializado, desde temprano en la Radiología, instaló en nuestra capital un instituto modelo de su clase, y desde allí ha sido un precioso, eficaz y casi único colaborador de los médicos y cirujanos de todo el país.

Designado profesor de Patología Médica, sus clases atraían





a los alumnos por la claridad de su exposición y la elegancia de su estilo.

Desde el cargo de consejero de la Facultad de Medicina, que lo ejerció muy poco tiempo, se distinguió por una serie de iniciativas y proyectos para la mejora de nuestra institución docente.

Pero el destino, que no mide sus golpes, ha destruído brutalmente lo mucho y lo bueno que cabía esperar de la capacidad de este ciudadano laborioso y optimista.

Señores:

“Nada cultiva mejor las nobles cualidades humanas de dulzura y sensibilidad—ha dicho el profesor Jean Louis Faure— y nada hace nacer la piedad por los que sufren como el espectáculo cotidiano de sus sufrimientos”. Por esa piedad infinita hacia los que sufren; por la santa vocación de contribuir en algo a mitigar los dolores de los otros; por el deber imperioso e irresistible de dar un alivio y un consuelo al enfermo que golpea en sus puertas ¡que golpea en su corazón! el médico olvida las fatigas, no respeta el peligro, y muchas veces va arrancando girones de su salud, debilitando su organismo, consumiendo su vida.

En su gabinete de trabajo, donde atendiera tantos enfermos, luchando contra las miserias del cuerpo y contra la muerte, el doctor Gómez Brizuela ha sido herido por el mal tenaz e implacable que lo ha abatido para siempre. Como médico de verdad, ha caído en nuestro campo de honor, cumpliendo abnegadamente su deber.

La Facultad de Medicina, que ahora represento, guardará como una reliquia el recuerdo del doctor José Gómez Brizuela, ante cuyos restos nos inclinamos con lágrimas de duelo, con respeto, con admiración.

Terminada esta oración fúnebre, el doctor Carlos Silva, sucesor en la cátedra que desempeñaba el extinto, leyó el discurso que damos seguidamente:





Señores:

La familia médica del Paraguay, hondamente conmovida con la pérdida de uno de sus miembros más estimados y más justamente prestigiosos, está otra vez de duelo. Aún no extinguida la congoja ante la desaparición de esa figura luminosa que irradiaba el talento de José P. Montero, y de aquel otro espíritu no menos brillante y selecto de Manuel Peña, nos congregamos nuevamente hoy, en esta casa del dolor, para llorar la triste nueva del fallecimiento del doctor José Gómez Brizuela, esa ejemplar figura de médico y de apóstol.

La Facultad de Ciencias Médicas, que es, su representación genuina, me encarga que traiga ante la tumba prematuramente abierta de este joven maestro, la expresión de su profundo dolor, no para cumplir una mera obligación protocolar, sino para decir las palabras de la solidaridad intelectual, las escasas que toda amargura impone, pero también las elogiosas, que-toda admiración proclama.

Nacido en esta Capital y, descendiente de una distinguida y prestigiosa familia paraguaya, Gómez Brizuela, cursó sus estudios en el Colegio Nacional, con singular aprovechamiento, recibiendo el título de Bachiller. Terminado sus estudios secundarios, y atraído vivamente por la ciencia, elige Montevideo para proseguir las disciplinas médicas.

Muy pronto el joven estudiante, con la fé y la pertinacia propia de los triunfadores, se destaca entre sus compañeros, logrando títulos que lo acreditan a la consideración de sus maestros. Ya médico, con ansias de perfeccionamiento, fué solicitado por sus maestros para dedicarse, a las prácticas de la radiografía y radioterapia, a hacer trabajos sobre la especialidad en uno de los más célebres institutos de su género, donde pudo conquistar por su dedicación y clara inteligencia, los más merecidos elogios. Pero el deseo de alternar con los suyos queridos y los vehementes anhelos de prodigarse por entero a la patria, le señalaron el camino del deber, siendo así que, con el aplauso y la admiración de propios y extraños, este joven médico, apenas llegado al





país, inaugura el primer establecimiento de radiología que se conoce en la república.

Fué entonces que el doctor Gómez Brizuela, con la fé del gremio médico nacional, para ofrecerle no solo el bagaje de su convencido y los nobilísimos empeños de hacer el bien, invitó al ya larga y fecunda práctica en la radiología, si que también los beneficios de una hermosa instalación que es hoy, honra y orgullo de la patria.

En el corto tiempo del ejercicio de su profesión de médico bueno y honesto, supo rodearse de un ambiente de profunda simpatía, inspirada por la natural bondad de su carácter, la constante dedicación a sus enfermos, y el altruismo y la filantropía con que desempeñaba su misión, hasta convertirla en apostolado, en procura del alivio al dolor humano-físico y moral.

Señores :

Victima de las lesiones graves que con tanta frecuencia ocasiona el manejo de los Rayos X, resuelve trasladarse a Europa, a objeto de atender su quebrantada salud, cuando, inesperadamente y con la sorpresa de los sucesos trágicos nos anuncian su muerte.

Era, en efecto, señores, el doctor Gómez Brizuela, un exponente elevado de las cualidades excepcionales que debe reunir aquel que dedica su vida al cultivo de la ciencia y a la enseñanza de la juventud. Llegó a destacarse con inconfundibles líneas, dentro de la profesión médica por su talento y fina cultura que le hicieron exponente de nuestra intelectualidad.

Como profesor de Patología Interna en la Facultad de Medicina, practicó por igual, la ciencia, la verdad y el bien, porque supo hermanar al cultivo de la inteligencia, el de aquellas virtudes que hacen del hombre sabio, bueno y respetuoso, la entidad sobresaliente de la creación.

Y es por eso, señores, que la noticia de su muerte, como hoy que venimos a darle el adiós de la eterna despedida, al lado de su venerable padre, al lado de la viuda y parientes, al lado





de los colegas y amigos todos admiradores de sus virtudes, lloran inconsolables por él, muchos enfermos a quienes prodigó sus solícitos cuidados, muchas madres cuya angustia mitigó, y muchos huérfanos y desvalidos a quienes tendió la mano buena y generosa.

Y es por eso también que os puedo decir, doctor Gómez Brizuela que habéis merecido bien del país y de la Facultad de Medicina, que vuestro nombre será recordado y venerado por las generaciones venideras, que las sabias enseñanzas que dejasteis a la juventud de nuestro país, el amor a los que sufren, el cariño leal y sincero a los estudiantes, darán sus frutos, por que es en esa juventud que el país, la Escuela y sus maestros, cifran las más caras y legítimas esperanzas.

El doctor Juan Stefanich, a nombre de sus camaradas y amigos de "La Nación", pronunció el discurso que insertamos en otro lugar.

Siguió al doctor Stefanich en el uso de la palabra y a nombre del Centro de Estudiantes de Medicina el joven Mariano A. Molas. He aquí su hermoso discurso:

Señoras, señores:

En el ambiente amable y sereno de las aulas conocimos al joven Maestro doctor José Gómez Brizuela. Dictaba la cátedra de Patología Médica, y allí escuchamos con sencilla admiración el timbre armonioso de su palabra sabia y discreta.

Había que oirlo! Las concepciones más difíciles y avanzadas de la ciencia, él las exponía ante nosotros con claridad cristalina en un sencillo y fino lenguaje familiar.

Como una risueña cascada rumorosa, brotaba de sus labios la espléndida dicción de su verbo gentil!

Quiso llevarnos de las manos paternalmente, con bondadoso empeño, por los ámbitos del Templo Sagrado, donde la ciencia





médica tiene su lámpara encendida, sobre el altar donde florece la sensitiva flor del sacrificio.

Su cerebro pródigo y robusto debía iluminarnos todavía largo trecho del camino; pero la vida no pudo alentar los ensueños de nuestra anhelante juventud, y dejó su ruta florida a la Eterna Enemiga: la que arrebató, malogra y destruye, la que extingue de los más remotos horizontes, hasta el último destello de la última esperanza.

Así lo conocimos y así lo amamos.

Jamás tuvo un gesto severo para la familia estudiantil, a la que siempre escuchó, a la que siempre supo dar un consejo acertado, sereno e imparcial.

El estaba en la vanguardia de los altos ideales universitarios, alentando nuestras inquietudes renovadoras y constructivas, en el orden educacional de nuestra escuela de medicina, y era él la más sólida, la más legítima de nuestras esperanzas!

Esperábamos su arribo, pero él no debía volver sino de paso, eterno viajero que antes de tornar a la eterna ausencia, quiere ver el cielo y el sol radiante de su tierra, y quiere sentir en su tersa frente olímpica, la suprema caricia de las auras nativas.

Por eso nos ha reunido aquí, como en las serenas horas de sus mejores días.

Rachas huracanadas de infortunios que ensombrecen el clarear de las auroras, suelen de tarde en tarde, dispersar nuestro enjambre juvenil, y hoy como ayer, nos detenemos confusos en nuestra marcha, con el alma aterida por el inmenso dolor de una tragedia.

Esta partida que venimos a presenciar, nos parece absurda; nuestra razón en fuga tras inútil rebeldía, se resiste a la evidencia inmutable, de que este Maestro amado, ya no es sino un recuerdo luminoso que va a abroquelarse sobre las sendas del pasado.

Dolor que conturba la serenidad de nuestro espíritu, pero que no trasunta un sentimiento de desolación ante la muerte por la muerte en sí.





Es nuestro acerbo sentimental, infinito y hondo ante el alba esplendorosa cuya fina claridad se esfuma, y no nos deja mirar lo que quisimos y pudimos ver; la triste y amarga sensación, a la vista del árbol de savia nueva que nos daba sombra, y que un día se tumba bajo el Sol, cubierto con el manto de sus primeras flores, dejándolos a la ventura de las intemperies.

Ese es el dolor que desconcierta la marcha de nuestro enjambre juvenil y pone nuestra razón en fuga tras inútil rebeldía.

Infinito dolor intraducible por el Ideal irrealizado, la promesa incumplida y la esperanza fallida.

En nuestro corazón gravita el peso de un derrumbe que nos hace vacilar pero en esta trágica confusión, no perderemos la ruta señalada por el Maestro que se va. Su vida y su juventud la dió por un Ideal de Amor, no quiso mirar al Sacrificio, ni temió al Martirio. Recojamos su legado espiritual que en esta hora tiene el poder de confortarnos, y cumplamos el deber en el rumbo que él nos señalara.

En nombre del Centro Estudiantes de Medicina vengo a descubrirme al paso del Héroe, que va presidir la tradición honrosa de nuestra casa.

Estudiantes de Medicina! Con la más santa y honda de nuestras emociones, brindemos nuestro saludo clamoroso, a este mártir de la ciencia paraguaya que pasa ante nosotros.

A GOMEZ BRIZUELA

Palabras pronunciadas en el acto del sepelio por el doctor Juan Stefanich, en nombre de "La Nación"

Por qué mueren los jóvenes y por qué mueren los buenos—exclamamos con frecuencia, sorprendidos y angustiados ante esa terrible preferencia desconcertante de la muerte por todo lo que es bueno y por todo lo que es joven.

Por qué mueren los jóvenes y por qué mueren los buenos—exclamamos en presencia de estos despojos queridos que vienen



a buscar el calor del regazo nativo para dormir el sueño infinito de la eternidad.

Y, no sé si voy a decir una blasfemia, pero estoy a punto de afirmar que nunca me he sentido tan cerca de la verdad profunda que preside estos designios inexplicables como en presencia del sacrificio de este gallardo soldado de la ciencia, caído gentilmente, en la postura más digna y más honrosa que cuadra a un espíritu superior.

Mueren los jóvenes y mueren los buenos porque con su sacrificio y con su muerte coronan la belleza de su juventud y magnifican la nobleza de su bondad.

Mueren los jóvenes y mueren los buenos cada vez que un pueblo debe dar en el reloj del tiempo un avance espiritual o moral, cada vez que una sociedad, en su marcha accidentada y difícil, debe subir un escalón más en la carrera de su perfección.

Mueren los jóvenes y los buenos como este amigo predilecto de nuestro corazón, porque su hermoso sacrificio irá a engrandecer el acervo moral de su pueblo y a fortalecer el espíritu de las nuevas generaciones paraguayas y a elevar su capacidad de acción y de abnegación heroica para brindarse todo entera en holocausto de un ideal superior de redención nacional, asaz retardada en la vida de este pueblo cuya hora debe sonar ya en los oídos del mundo, como una nota recia, profunda, armoniosa y musical.

Este magnífico caballero de la vida fugaz, cuya muerte nos hunde en el pesar y cuyo martirio nos exalta en el dolor, fue un modelo y es un ejemplo con cuyo nombre se abren las páginas de oro de ese gran libro en blanco de los nuevos héroes que han de hacer la grandeza del Paraguay.

Y era un niño, un niño grande y bueno de gran corazón, era un niño lleno de ternura y de perfecciones, tal como en sus arrebatos sublimes lo sueñan las madres.

Era un joven caballeresco y noble, fino y correcto, cordial y afectuoso; era un joven apuesto y gentil, tal como en sus azules fantasías lo sueñan las novias.

Era un hombre consagrado a su carrera y a su ciencia.

Todos sus afanes y todos sus esfuerzos, sus desvelos todos fueron para acumular saber y para aliviar el mal. Vivió como un virtuoso y murió como un mártir, tal como lo sueña el romántico espíritu de los pueblos, ávido de altruismos y de generosidad.

Era un ciudadano probo y austero, lleno de optimismo, henchido de esperanzas, con una fe profunda en los destinos de su raza y una confianza firme en un grandioso porvenir. Era un ciudadano puro y recto, un patriota ferviente que vivió soñando para su pueblo una era de Paz, de Orden, de Trabajo, de dignificación, de cultura y de progreso, tal como lo reclaman las necesidades y los anhelos de la democracia turbulenta de este país.

Y fue también un alma lírica en silenciosa exaltación. Cultivó con esmero su huerto interior y sembró preciosas flores que crecían lozanas en su escondido vergel. Gustaba recogerse en las horas de intimidad a pulsar en los atardeceres tranquilos las cuerdas sonoras de su lira juvenil.

Un hada buena y hechicera golpeó un día en las puertas de su corazón. El jardinero vencido, enamorado y galante, brindóle todas las flores de su bello jardín.

¡ Ahí queda, como un trofeo de dicha, delicado recuerdo de amor, un libro de versos, ramillete de flores, para la noble elegida, la noble compañera de su corazón !

Pero junto a su gran amor, también vivieron tres grandes amores que inspiraron su paso por la vida y sembraron de rosas su camino : El amor a sus padres, el amor a su ciencia y el amor a su tierra ; tres amores grandes que ardían en su pecho como fuegos sagrados y que fueron la fuerza y las virtudes más bellas de su viril juventud.

Por amor a su tierra formó en la fila y a la cabeza de los que en "La Nación" han levantado una nueva tribuna cívica en el escenario nacional .

Cuando un día frente a los desbordes de la anarquía se trató de formar una legión de elegidos que tomara sobre sus hombros la empresa de alzarse a proclamar ideales de paz y de patria frente a la demagogía, y principios de organización y de orden frente anarquía, Gómez Brizuela fué de los primeros, de los



mas fuertes y de los mas firmes que se lanzaron, frente al excepcionalismo del ambiente, a sostener el nuevo ideario patriótico que proclama y difunde "La Nación". Y desde entonces y hasta su muerte no faltó en esa casa su apoyo, su estímulo ni su esfuerzo. Y desde entonces y hasta su muerte, Gómez Brizuela vivió día por día con sus amigos las vicisitudes y la vida triunfante de la noble empresa.

Compañero y hermano: En lo alto de esa atalaya solitaria que se llama "La Nación", tremola hoy enlutada la bandera y en los corazones de sus moradores suena el tañido funeral de las campanas. Los ánimos están conturbados y los ojos impregnados de lágrimas, pero esa enseña que tus manos ciudadanas ayudaron a izar un día con tanto fervor, seguirá flameando al viento y en tu nombre y a tu recuerdo se alzará más alto y se abrirá más amplia para cobijar a su sombra la grandeza sin par que soñabas para tu tierra.

Ni el sol ni la lluvia, ni la injuria del tiempo lograrán empañar la pristina pureza de sus colores y contra las tempestades y las inclemencias frente a las horas prósperas como a las horas adversas, seguirá ondeando en lo más alto de tu ciudad bien amada, nuncio feliz de la aurora que llega, para pregonar las victorias que conquistaste tu pueblo y para cantar las glorias legítimas de tu generación.

El afecto de tus amigos quedará custodiando tu morada solitaria y será rocío que brillará al sol de las mañanas sobre tu sepulcro y será como un árbol frondoso que prestará sombra propicia a tu memoria, así como el recuerdo de tu nombre vendrá con la brisa amiga a perfumar nuestra vieja estancia de labor y de lucha, así como el ejemplo de tu bizarro sacrificio servirá para templar nuestros espíritus frente a las grandes horas críticas y para inspirarnos en la empresa de brindar a la patria que amaste cuanto podemos y cuanto valemos, lo más bello y lo más digno de nuestras mentes, con lo más recio y lo más viril de nuestras almas.



Una hermosa carta del Profesor don Manuel Riquelme

Buenos Aires, Abril 17 de 1928.

Señor Doctor Juan Stefanich.

Asunción

Muy estimado amigo:

Sé que allí lo lloran de verdad a nuestro querido Pepe. Nuestro por el corazón y por la sangre, vuestro por su nobles ideales en conjunción armoniosa con vuestras inquietudes y vuestras esperanzas.

Con las primeras noticias de su muerte, vuestras plumas llenaron de dolorosa angustia las mejores páginas de "La Nación". ¡Pobre Pepe! Era un niño grande cuando hablaba de su diario. El diario era de todos, pero oyéndole hablar, era más suyo que de nadie. En él había depositado sus mejores sueños, sus más puros sentimientos, sus ilusiones de luchador que por primera vez pisaba las arenas del circo. El día que me dió a conocer su "pecado"—el hecho de embanderarse con un grupo selecto de jóvenes intelectuales, con un programa de participación doctrinaria en la vida pública del país—estaba más contento que nunca. Una sana alegría del espíritu le embargaba por entero. Miró tan profunda, tan ansiosamente en las tinieblas de la noche que le pareció ver la buena estrella con que el porvenir esperaba el triunfo de su grupo. No estamos atados a ningún yugo, somos libres de decir la verdad como la entendemos, me decía. Y agregaba: "La Nación" se impondrá; hay en nosotros decisión firme, espíritu de solidaridad, pensamiento común en un ideal de patria. Y gozaba íntimamente, con juvenil alegría como si ya sintiera el beso cálido con que la gloria quema la frente de los triunfadores. ¡Pobre Pepe! Olvidaba que en el triunfo lloran la muerte y la victoria, como dice Byron.

Sé que habéis de ofrecer al país entero, un número dedicado a su memoria. No podía ser de otro modo. Fué uno de los que, en primera fila, aceptaron el honor de la responsabilidad común.



Fué de los vuestros, con convicción y entusiasmo; con la fé absoluta de que íbais a hacer obra grande, tesonera, patriótica, humana. Lo conocisteis: no era de los que caen y desfallecen. Era un hombre íntegro, de los que saben jugarse la vida en pos de su ideal.

¿Cuál fué su obra positiva en "La Nación"? No lo sé; pero tengo por seguro que, en más de una ocasión, en horas de incertidumbre para vosotros, su espíritu, como un rayo de sol, entibió vuestras vacilaciones e inundó de luz vuestro camino.

Sé que habéis de juzgarle como camarada, como hombre, como patriota, como intelectual, como escritor quizá, que también lo fué, sutil y delicado espiritual y fino, con refinamientos de cultura romántica. Su oculta y silenciosa labor literaria así lo proclama.

Pero es posible que falte en ese juicio algún aspecto de su vida íntima, algunos pensamientos que, en su fácil y amena charla, solían constituir algo así como el fondo de sus preocupaciones permanentes; por eso, he querido que esta carta llegara hasta vosotros como un débil homenaje a esa admirable comunión espiritual que os unía.

Poseído de esa fuerza que da la juventud y con el bagaje brillante que da la ciencia, llegó una cálida mañana de primavera a su ciudad natal. Pensaba con acierto que en cualquiera agrupación humana, con laboriosidad y con bondad, se abren todos los caminos. Y confió ciegamente en el futuro. Así se inició en la compleja y difícil trama social de una vida que, para sus sueños y sus ansias, era nueva. Y entró en comunicación directa con los hombres y el espíritu de aquella sociedad.

Su breve paso por el mundo fué toda una sugestión de ideales estéticos y científicos. Tuvo sueño de titán este jóven que cruzo por la vida como una llamarada de antorchas: quiso orientar con serenidad, hacia ideales ciertos, la vida universitaria de sus alumnos, y sucumbió en la obra apenas iniciada.

Los mejores pensamientos, las más nobles emociones no son sino sueños, cuando no se han traducido en obras concretas, reales. La mala sombra atisbó su paso y apagó su vida, como una



dulce luz de esperanzas. Y sueños y esperanzas se fueron con él, dejando en nuestro corazón la venda desgarrada de una herida que sangra tristezas, hondas tristezas por su destino cruel.

Solíamos tener horas enteras de verdadera íntima confianza. Hay momentos en que no se finge y entonces las palabras surgen con el valor sincero de las confesiones. Así conocí a fondo aquella su robusta y brillante personalidad que ninguna fuerza pudo menoscabarla. Pensó siempre, a pesar de su juventud, con justo y sereno criterio. Supo juzgar, con rara certeza, los males que afean nuestra cultura. Fué agudo y penetrante en su crítica, implacable en su sanción; ni la opinión ni el interés podían ladearla. Y fué íntegro en sus pensamientos y en su obra; porque era capaz de todos los sacrificios. Hoy, a través de mis recuerdos, no atino a encontrar palabras con que aquilatar el oro puro de su altruismo. Su desinterés fué tan grande que nunca le conocí un sentimiento egoísta.

Dedicaba sus mejores esfuerzos al estudio de su especialidad profesional y a su cátedra científica. A su criterio, el país necesitaba de una corriente serena y continua de la cultura universitaria. Se afanaba porque la Facultad médica tuviera orientación finalista seria e independiente de toda preocupación que no fuera la científica. Creía que nuestra cultura espiritual era demasiado artificiosa y fría. Si todas las actividades tiene un fin ¿por qué no lo tendrán las superiores del espíritu? Tal era su pensamiento fundamental. Decía que la vida de la nación se perdía en los medios, y que el problema no estaba allí sino en la determinación de los fines.

Estas fueron, las ideas que más de una vez solía exponerme, casi siempre con serena convicción, pocas veces con desaliento. ¿Hasta dónde contribuyó a realizarlas? No lo sabría decir. Sólo puedo afirmar que hizo de su vida la práctica de una filosofía: la de la dignidad humana.

Hé aquí, mi estimado amigo, los ideales, vagamente esbozados, de nuestro llorado Pepe. Una hermosa vida deshecha en ilusiones.

Y de sus íntimos sentimientos ¿qué quedan? Más de una vez,



la musa poética de la primera juventud, allá en la vida estudiantil le inspiró dulce cántigas de amor. Ahí quedan, en la vieja casa solariega, en un último cajón de su escritorio, su prosa fina y elegante y sus versos lípidos y sonoros como una cascada serrana.

Ahí quedan sus pasiones, sus quimeras, sus anhelos y esperanzas. Todo un mundo de afecciones modulando en voz baja la tragedia de un caliz de oro segado en la mañana. . .

Su affmo. amigo y S. S.

Manuel Riquelme

